



nando los feraces campos en inmensas lagunas. Los españoles creían que aquello era el fin del mundo, y los indios el castigo de los crímenes de sus tiranos. Ningun hombre recordaba una crisis tan horrorosa (1).

Pasado el azote acudieron al puerto, pero ¡ay!

(1) «Neque enim viventis ullius ætate aut memoria majorum extabat similem unquam, turbinem qui et grandiores arbores evelleret ad eam insulam ruisse.» —Petri Martyris Anglerii, *Oceanæ, decadis primæ, liber quartus*, fol. 12.

de las tres carabelas de Aguado y las otras tres solo una se veía..... la más pequeña, la más vieja, la más frágil de todas: la *Niña!* la que había socorrido al almirante en su naufragio de la Navidad, la que lo condujo á Pálos, la que luego, bajo el nombre de *Santa Clara*, lo llevó á la exploración del mar de Cuba, al descubrimiento de Jamáica, del archipiélago de los Jardines de la Reina, de donde volvía en extremo averiada, y que, amenazando zozobrar, parecía condenada á quedar para siempre destruida.

## CAPITULO XXVI.

Descúbrese minas de oro á orillas del Ozama.—Pártese para Castilla Colon con Caonabo y treinta y dos cautivos indios.—Las corrientes y los vientos los maltratan.—Ganan la Guadalupe para tomar viveres.—Afección romántica de una princesa antropófaga á Caonabo.—Indiferencia é indómito orgullo del cacique.—Muere á bordo, así como su hermano.—Hácese sentir el hambre.—Sus pérfidos consejos.—Quiere la tripulación deshacerse de los indios, y Colon los acorre.—Predice Colon el día en que se verá la tierra.—Llegada á Cádiz.

Dispuso en seguida el almirante que se procediera á carenar la *Santa Clara* y á construir otra carabela que se llamaria *Santa Cruz*; que él comprendía la urgencia de llegar á Castilla al mismo tiempo que su nuevo acusador. Durante las obras del nuevo bajel, para el cual se aprovechaban los destrozos de las carabelas destruidas por el huracán, y que las olas iban arrojando á la playa, recibió, para consolarlo de aquel siniestro, una nueva que había de ser más provechosa á su defensa que el relato de su administración, dirigida por una prudencia superior, y cuya única falta fué su excesiva bondad.

Meses ántes del horroroso temporal, el joven Miguel Diaz, natural de Aragon, puesto á las órdenes de D. Bartolomé, hombre de tanto corazón y buena presencia como de carácter violento, tuvo una reyerta con uno de sus compatriotas, á presencia de varios españoles, y habiéndose batido con él á cuchilladas, á la usanza de los catalanes, dejó á su adversario anegado en un charco de sangre. Sabiendo la inflexibilidad de D. Bartolomé, no se atrevió, aunque criado suyo, á implorar su gracia, y tomó la fuga con los testigos del duelo. Su

marcha errante los condujo á orillas del Ozama, en tierra de una joven cacique, cuya hermosura fascinó á Miguel: otro tanto aconteció á la India con el español, y prendada él se hizo pronto cristiana, para recibirlo en matrimonio. La pusieron Catalina.

Temiendo que su marido, viéndose muy aislado de los suyos, la abandonase un día, le reveló la existencia de unas minas de oro, situadas á siete leguas de allí, y le instó trajera á sus estados sus compatriotas. Diaz vió en seguida al través de esta comunicación el medio de obtener su indulto, y acompañado de algunos de los vasallos de su mujer, resolvió ir en busca de D. Bartolomé. Llegó á las inmediaciones de la Isabela, y desde un lugar oculto mandó venir á uno de sus amigos, por quien supo que no solamente el herido no había muerto, sino que estaba del todo restablecido. No temiendo entonces presentarse, fué en busca de don Bartolomé, que lo acogió bien, lo perdonó y lo reconcilió con su enemigo (1). La noticia de que era mensajero, fué un apoyo providen-

(1) Oviedo y Valdes, *Historia general de las Indias*, lib. II, cap. XIII.



cial para Colon, que despachó inmediatamente hácia aquel lejano distrito á D. Bartolomé, escoltado por un destacamento de infantería y en compañía del metalúrgico Pablo Belvis, con algunos mineros. Pasaron por la Concepcion, donde tomaron guías, atravesaron los dominios del cacique Bonaó é hicieron alto en la ribera del Hayna, en cuyos bordes y afluentes encontraron y recogieron mineral de oro en abundancia.

Volvió á España D. Bartolomé, conduciendo pepitas de gran precio, y que el almirante recibió lleno de gratitud hácia el Señor, que colmaba sus deseos enviándole, en el momento de su partida, el mejor medio de confundir á sus enemigos, de animar á los Reyes Católicos en la prosecucion de los descubrimientos, y de permitirle coronar sus trabajos con la conquista ó el rescate del santo sepulcro, objeto supremo de toda su ambicion en este mundo. Y segun sus hábitos de piedad se encerró en seguida en su oratorio (1) para, libremente, dar gracias al Altísimo y ofrecerle las primicias de aquel nuevo hallazgo. La parte de Hayna donde se descubrieron las minas se llamó San Cristóbal, del nombre de la fortaleza que el almirante mandó construir allí.

Antes de marchar quiso el almirante dejar organizada durante su ausencia la gobernacion de la colonia, y en virtud de sus poderes y privilegios, nombró lugarteniente general á su hermano D. Bartolomé, bajo el título de adelantado, con el cual se le designó desde entonces, y magistrado supremo á Francisco Roldan, ántes familiar suyo, hombre dotado de poca instruccion, pero de claro entendimiento, buen criterio y dedicado á la jurisprudencia: ya anteriormente lo habia elevado Colon al cargo de juez de primera instancia, puesto que desempeñó con satisfaccion de todos.

Antes de hacer esto proveyó Colon las primeras necesidades espirituales de la colonia, tristemente abandonadas por el P. Boil, y para ir tranquilo de que durante su ausencia se anun-

(1) Cuando se le llevaba algun oro ó alguna cosa de precio se arrodillaba en su oratorio y daba gracias á Dios.—Herrera, *Historia de las Indias Occidentales*. Década 1, lib. VI, cap. XV.

ciaria la religion católica á los pueblos de la isla, confirió tan honrosa mision á un fraile francisco, el P. Juan Bergoñon, á quien agregó el piadoso Fr. Roman Pane, que poseia el dón de lenguas y á quien envió á las tierras del cacique Guarionex, con el cargo de redactar una Memoria acerca de las creencias primitivas de los indígenas, su Génesis y su cosmogonia. (1) No obstante su celo por la gloria del Redentor y la salvacion de las almas, Fr. Roman, que se llamaba humildemente el pobre ermitaño, temió, al pensar en verse solo y abandonado en medio de un pueblo irritado y caprichoso; y como expusiera su cuita al almirante y le rogára permitirle llevar consigo algunos cristianos para sostenerlo y consolarlo en su aislamiento, Colon lo autorizó con la mejor voluntad á ir con «quien más quisiese» (2), cuidando al mismo tiempo de colocar un puesto de infantería junto á la residencia de los misioneros para defenderlos de cualquier atentado de los idólatras.

Aunque la veleidad de su carácter y lo oscuro de sus creencias preservára á los indígenas de un indómito fanatismo, sus sacerdotes, llamados Bohutis, que desempeñaban á la vez el papel de médicos y de nigrománticos, tenían gran interes en que un nuevo culto no viniera á dar al traste con sus lucrativos oficios, y hubieran podido poner las armas en la mano de sus cándidos clientes. En el fondo, la religion de los insulares consistia principalmente en una fe grosera en el poder de ciertos idólos que llamaban Zemés, que ya de madera, ya de piedra y de muy diversas formas y atribuciones, equivalian á los fetiches de los negros y á los manitus de las pieles rojas. Los sacerdotes ó bohutis, ni formaban un cuerpo separado, ni tenían dotacion ni privilegios hereditarios, ni dominaban á los caciques, que por su parte no buscaban el modo de destruir su crédito en supercherías. Para arrancar de raíz esta reli-

(1) Fr. Roman Pane declara que lo hizo de orden de Colon.—«De orden del ilustre señor, el almirante, virey y gobernador de las islas y tierra firme.»—*Escritura de Fr. Roman en la coleccion de Barcia*, t. I.

(2) *Escritura de Fr. Roman, del orden de San Jerónimo*.



gion, desprovista de dogmas formulados, de símbolos y de tradicion, hubiera bastado con la dulzura y claridad del Evangelio; pero, por desgracia, las violencias y los vicios de los españoles habian alterado en aquellos pueblos las justas nociones del catolicismo, y confundiendo á la religion con el hombre, hacian responsable al cristianismo de los crímenes de sus opresores.

A fines de Febrero estuvieron las dos carabelas en estado de darse á la mar, y se procedió al embarque. Los enfermos, los mal contentos, los hidalgos desengañados, en número de doscientos veinticinco, y treinta y dos indios, entre los cuales se notaba al feroz Caonabo con uno de sus hermanos, su hijo y su sobrino (1), fueron repartidos entre los dos buques. Aguado partió en la *Santa Cruz* y Colon en la maltratada, pero siempre fiel, *Santa Clara*.

El 10 de Marzo de 1496 abandonaron la rada y avanzaron al E. para ensayar un nuevo camino; que la experiencia de los vientos que reinan en aquellos parajes, ni se tenía aún, ni se sabia que era menester gobernar directamente al N. para encontrar los vientos alíseos que favorecen la vuelta á Europa, y Colon tuvo que combatir con el aire y que cansarse en continuas maniobras. Así pasó doce dias de lucha ántes de perder de vista el cabo oriental de la Española, hasta que al fin, á pesar de los vientos y de las corrientes contrarias, logró ganar mar ancha; pero ya estaban á 6 de Abril, y los víveres y las fuerzas de la tripulacion habian disminuido con un consumo y trabajo de veintiseis dias, y el almirante decidió tocar en las Caribes para refrescar.

Tomó al Mediodía, y el 10 de Abril, á un mes cabal de su salida, echó el ancla en la Guadalupe, enviando luégo dos chalupas armadas á procurarse mantenimientos que se hubieran pagado con bujerías. Pero de repente la playa se cubrió de amazonas con penachos de plumas, armadas de arcos y con trazas de opo-

(1) «Entre ellos, á Caonabo, que murió en el camino, á un hermano, su hijo y un sobrino del mismo cacique.»—Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*, libro V, § 38.

nerse al desembarco. La fuerza de las rompientes obligó á las chalupas á mantenerse á cierta distancia, y dos indios fueron á nado á decir á las mujeres que no querian hacerles ningun mal, que lo que pedian eran víveres y que les darian en pago joyas del cielo, *turey*; mas las amazonas los enviaron á sus maridos (1) que estaban al otro lado de la isla, hácia el N. Los de las chalupas tomaron aquella direccion, y divisaron á poco en la orilla una multitud de guerreros de aspecto montaraz y bravío y actitudes amenazadoras, que arrojaron una lluvia de flechas sobre los españoles, pero que viendo que no por eso dejaban de acercarse corrieron á guarecerse en las florestas vecinas, de donde salieron repentinamente, lanzando gritos infernales en el momento en que los europeos ganaban tierra. Una descarga de arcabuces los hizo tomar desatentados la fuga, abandonando sus cabañas, donde se hallaron víveres, miel con cera, loros magníficos y un brazo humano (2) asándose al fuego.

El almirante despachó un destacamento de cuarenta hombres para reconocer la isla, y volvió al otro dia con tres niños y diez mujeres, entre las que se contaba la altiva esposa de un cacique.

Era ésta hermosa, robusta, dotada de una corpulencia de las más extremadas, y no obstante la esferoidad de sus formas y barbara crasitud, tuvo la satisfaccion de vencer en la carrera á cuantos se pusieron en su seguimiento. Solo un jóven de Canarias, de la servidumbre de Colon, y corredor de Cuenta, pudo seguirla, mas ella, no bien hubo visto la distancia que lo separaba del resto de los españoles, se volvió, y como disparada por una máquina, dió de lleno con su mole sobre su perseguidor que, cogido de improviso, cayó de espaldas cuan largo era. Entónces la degenerada hembra se arrojó sobre él, y no satisfecha con tenerlo como en prensa con el peso de su cuer-

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquista de los castellanos en las Islas Occidentales*. Década 1, lib. III, cap. I.

(2) Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. LXII.